

# Secretos

Miguel González Gerth

## TABULA RASA

El otro día ocurrió  
que mañana se convirtió en ayer.  
Lo sentí como sorpresa,  
como un anuncio de eso que iba a seguir pasando.  
De pronto caí en la cuenta de que el cuento,  
aquel viejo cuento de hadas  
que me habían contado no era cierto.  
Sí, aquel simple cuento de hadas  
de cuando yo era todavía pequeño y gozaba  
de la vida sin saber lo que era el tiempo.  
Hoy quisiera procurar para mis versos  
la redondez que dicen tiene el mundo,  
el mundo que da vueltas como las manecillas del reloj  
sin saber cuándo se acabará la cuerda.  
Aunque ya tampoco hay cuerda  
pues es una corriente eléctrica  
que corre pero se convierte en un ir paso a paso  
que marca los segundos de un duelo intransferible,  
convirtiendo el ayer en el mañana.  
Pues de nada sirve el hoy,  
hasta llegar a la región en que el viento ya no sopla,  
en que el sol ya no brilla,  
en que la lluvia ya no cae  
y los árboles se encuentran cabizbajos,  
sin razón de ser pero con el calor que entra  
por la ventana del invierno y va recordando  
lo que creímos otro día,  
el viejo cuento de hadas que acaba siendo cierto,  
aquel día sin tarde o noche  
cuando el mañana se convirtió en ayer.

## SECRETOS

¿Será que  
hemos llegado al punto de no poder decir ya nada  
coherente?  
¿Ni gramatical a veces?  
Pinto cuadros yo,  
pintas tú cuadros.  
De no poder hilar palabras con sentido lógico,  
como aquello  
de no poder pasar el ojo por la aguja  
sin dejar un trazo de azul vertiginoso,  
o vertiginosamente deshojar el ojo de una rama  
en el agua de una luna lóbrega y sedienta.

¿Habrá llegado la hora del silencio  
que aniquila los deseos comunicantes  
como vasos de un ayer menospreciado,  
dejando el pensamiento aniquilado  
aunque persiste como pájaro ululante,  
aleteando pero ya sin ruta?  
Tal es el pensamiento cuando surge aquello  
que no se puede definir porque faltan los vocablos  
y faltaría el aliento para apenas esbozarlos.  
La lengua se ha truncado, fracturado, se ha llegado  
a un límite y obliterado queda el ánimo del ánimo  
que ahora balbuceante tergiversa los puntos de las íes  
con los puntos suspensivos, y te ríes porque crees  
que sabes el secreto  
de la incomunicación que nos aflige.

A veces me sorprende la sombra de aquel sol  
entre las hojas de un eufórbico eucalipto  
hoy ralo y encorvado como un viejo.  
Dices raíz en vez de árbol,  
igual que piedra en vez de barro.  
Yo a veces digo fuego en vez de hielo,  
y busco a Dios y encuentro al Diablo.  
Errores inocentes, no equivocaciones  
sino señales de visiones que quieren ser amables  
pero resultan —nos dicen— desafortunadas.

Secretos hay como la adivinanza o acertijo de la Esfinge  
que por su inteligencia Edipo pudo descifrar,  
aunque venciendo al monstruo quedó ciego  
por circunstancias posteriores más allá de su poder.  
Pero hay otros más profundos y más hondos,  
más confusos llamándose misterios  
los cuales no se logra desprender  
de sus racimos en la ubicuidad,  
misterios que nunca fueron conocidos ni de los faraones,  
misterios apenas escuchados como notas vagas  
y crepusculares.  
¿Son acaso prosaísmos lo que escribo?

Y entonces es la música  
que explica el ser y el sentir de los vivientes.  
Mas yo no puedo y tú no puedes alcanzar ese explicar,  
pues ni siquiera podemos expresar debidamente  
lo que digo, lo que tú quieres decir,  
no se comprende en las sílabas  
que permanecen en las casillas de mi panal de abejas,  
a be ce de,  
A E I O no, no caben ya  
en la caja de nuestra mísera Pandora.

Se nos va la vida porque se nos van los días.  
¿Qué son los días?  
Me dices que son medidas en el tiempo,  
puntos de razón, de relación,  
parpadeos de dioses que nunca se verán.  
¿Qué es el tiempo fuera del reloj?  
Una maraña que lamenta  
el sabor de aquella menta que ya no hay  
sobre la lengua,  
la lengua que queda fracturada  
en que ha caído una noche oscura  
sin —inevitadamente— estrellas.